

NACIONALISMO| UNIFICACIÓN ITALIANA Y UNIFICACIÓN ALEMANA

¿Qué tal estás? Bienvenido a un vídeo que es, en cierto modo, continuación del de la semana anterior. Si hablábamos en ese momento de las Oleadas Revolucionarias y la importancia del liberalismo y el nacionalismo en ellas, ahora vamos a desarrollar este último movimiento centrando nuestra atención en dos acontecimientos históricos sumamente importantes. Me estoy refiriendo a las unificaciones de Italia y Alemania ¡Comenzamos!

1. La unificación de Italia.

En 1815, al término del Congreso de Viena, la península italiana continuó estando fragmentada en distintas entidades políticas: en el norte se formaron los reinos de Lombardía y Piamonte-Cerdeña, así como las posesiones austriacas en el Véneto; en el centro, además de los Estados Pontificios, se encontraban los ducados de Lucca, Módena, Parma y Toscana; y en el sur el reino de las Dos Sicilias. Esta situación no era novedosa, pues tanto antes de Napoleón Bonaparte como bajo la influencia del Imperio Francés, Italia no existía como un único estado.

Sin embargo, como consecuencia de la influencia del nacionalismo, así como del triunfo de las sociedades revolucionarias fundadas con motivo de las Oleadas, la burguesía italiana comenzó a concebir la idea de una unificación del territorio italiano a partir del segundo tercio del XIX. En esos años, los grupos nacionalistas tuvieron que actuar en la clandestinidad debido a la persecución de la que eran objeto por parte de las autoridades de los distintos reinos o ducados. Fue así como surgieron las sociedades secretas, de entre las que cabe destacar la de los carbonarios. Además, en paralelo a esas actividades, surgió el Risorgimento, una corriente cultural de carácter moderado ligada a los intelectuales de la clase burguesa. Dentro de ella se integraban historiadores como Cesare Cantù, literatos como Giuseppe Mazzini y Giacomo Leopardi o músicos como Giuseppe Verdi y Gioachino Rossini. En sus obras, estos autores reflejaban un interés especial por el pasado histórico de Italia, así como un marcado deseo de independizarse de la influencia austriaca.

Ahora bien, los defensores de la unidad italiana conocían sobradamente los tres obstáculos que existían para alcanzar su gran objetivo. El primero de ellos era la división existente entre las distintas corrientes nacionalistas, pues unos eran monárquicos y otros republicanos. En segundo término estaría la presencia de Austria, sin duda una de las principales potencias militares de la época, en el norte de Italia. Situación que, como el resto de la fragmentación territorial, estaba respaldada por los acuerdos alcanzados en el Congreso de Viena. A esto se ha de añadir, como tercer obstáculo, las dificultades propias de la cuestión romana. Un territorio poblado por

cientos de miles de italianos que, sin embargo, era la sede papal. La profunda religiosidad de los habitantes de Italia -su arraigado catolicismo- requería mucho tacto por parte de los nacionalistas a la hora de despojar a la Iglesia de sus territorios.

Una vez expuesta la situación general del nacionalismo italiano, así como las dificultades a las que se enfrentaba, vamos a explicar cómo Piamonte-Cerdeña logró unificar toda la península. Ese proceso se llevó a cabo durante el reinado de Víctor Manuel II, quien en 1852 había nombrado primer ministro a Camilo Benso, conde de Cavour. Desde las páginas del periódico *Risorgimento*, en contraposición al republicanismo del grupo la Joven Italia, este político llevaba años defendiendo la unificación italiana a través de una monarquía liberal. Una vez en el poder, la primera oportunidad para llevar a cabo ese proyecto se le presentó en 1859 con motivo de la guerra entre Francia y Austria. En el tratado de Plombières, Cavour garantizó el apoyo de Piamonte a las tropas de Napoleón III, a cambio de que el emperador de los franceses le entregara Lombardía y Véneto al término del conflicto. Sin embargo, una vez ocupado el primero de esos territorios, Francia firmó con Austria los llamados acuerdos de Villafranca. Esta paz permitió a los austriacos conservar el Véneto, mientras que Piamonte, a pesar de sentirse traicionado por su aliado francés, pudo tomar Lombardía.

El segundo episodio del proceso de unificación se produjo en el año 1860, cuando una serie de levantamiento populares de corte nacionalista en los ducados de Lucca, Módena, Parma y Toscana llevaron a la convocatoria de plebiscitos que, con el apoyo de Francia, permitieron a esos cuatro territorios unirse a Piamonte. Después de ese triunfo, Víctor Manuel II y Cavour centraron su atención en el sur de la península, y más en concreto en el reino de las Dos Sicilias. Aprovechando una sublevación campesina en la isla, favorecieron una expedición de conquista de Giuseppe Garibaldi y sus mil Camisas Rojas. Ahora bien, tanto los soldados como su líder defendían una Italia republicana, por lo que una vez tomadas Nápoles y Sicilia, Cavour se vio obligado a reunirse con Garibaldi y convencerle de que la única vía para la unificación italiana era la monarquía liberal. Finalmente, el experimentado militar cedió, incorporándose esos territorios a Piamonte. La anexión del sur llevó a la constitución definitiva de Italia como un único Estado y a la proclamación de Víctor Manuel II como su rey por parte del nuevo parlamento.

A pesar de todo, el proceso no había llegado a su fin, pues faltaba incorporar el Véneto y Roma, los dos únicos territorios de la península que aún no formaban parte del nuevo estado. La anexión del primero de ellos se produjo en 1866, como consecuencia de la derrota austriaca en la guerra austro-prusiana, en la que Italia participó como aliado de Prusia. Por su parte, la incorporación de capital -Roma- tuvo que esperar a 1870, año en el que Napoleón III se vio obligado a retirar las tropas que defendían los estados papales para hacer frente a la amenaza prusiana. De esta manera, la derrota francesa en la guerra franco-prusiana puso fin al Segundo Imperio Francés, permitiendo a Italia ocupar Roma ese mismo año.

2. La unificación de Alemania.

Como se explicó en el vídeo dedicado al Congreso de Viena, en 1815 se había acordado la formación de la Confederación Germánica, un conjunto de treinta y nueve estados independientes de los cuales Austria y Prusia eran sin duda los más importantes. Sin embargo, como había sucedido en el caso de Italia, pronto comenzaron a aparecer proyectos de unificación. En torno a 1848, el nacionalismo alemán se organizaba en torno a tres grupos:

1. La Joven Alemania, que era más bien un movimiento cultural y literario que político. Eso sí, aunque su influencia fue bastante limitada, contaban con numerosos partidarios entre la burguesía liberal, donde predominaban las ideas republicanas.
2. La izquierda alemana que, a pesar de sus orígenes nacionalistas, terminó deslizándose hacia posiciones socialistas y de corte obrero.
3. La burguesía constitucionalista, responsable principal de la revolución de 1848 en Alemania.

Ahora bien, al margen de estas tres posturas, el acontecimiento realmente importante de esos años fue la constitución del Zollverein en 1834. A esta unión aduanera promovida por Prusia se adhirieron rápidamente otros veinticuatro estados alemanes, impulsando de manera decisiva los intercambios comerciales gracias a la creación de un mercado unificado de 26 millones de personas. Además, favoreció la mejora de la red de transportes, en especial de ferrocarriles, siendo un elemento decisivo en la lucha entre austríacos y prusianos por el liderazgo en la Confederación Germánica.

Una vez fracasaron los proyectos de la burguesía liberal y constitucionalista en las oleadas revolucionarias de 1848, la unificación alemana comenzó a girar en torno a dos posturas: la Gran Alemania, que pretendía incluir al Imperio Austríaco dentro del futuro Estado, y la Pequeña Alemania, que la excluía del proceso. Como se verá a continuación, fue ese último proyecto el que terminó por triunfar a partir de 1862, fecha en que Otto von Bismarck fue nombrado primer ministro de Prusia por el rey Guillermo I.

Bismarck era descendiente de la aristocracia prusiana, los llamados *junkers*. Quizá por ese motivo desconfiaba de las políticas liberales y constitucionalistas, inclinándose por una monarquía de carácter conservador. Una vez al frente del gobierno de Prusia, dirigió todos sus esfuerzos al engrandecimiento del país y a conseguir la hegemonía de este sobre el conjunto de Alemania. Como era de prever, eso llevó a una serie de conflictos bélicos que se saldaron con las victorias militares prusianas. De esta manera, el rey Guillermo I pasó a convertirse en emperador alemán una vez alcanzada la unificación, siendo nombrado Bismarck canciller del nuevo estado en 1871.

La primera de esas guerras tuvo lugar en 1864 como consecuencia de la crisis de los ducados daneses de Schleswig y Holstein. Desde el Congreso de Viena, esos territorios de mayoría étnica alemana habían quedado bajo el gobierno de Dinamarca, reconociéndose la soberanía de Copenhague sobre ellos. Ahora bien, a la muerte del rey Federico VII, los ducados se negaron a reconocer al nuevo monarca. Ante esa situación, las dos grandes potencias alemanas, Austria y Prusia, decidieron declarar la guerra a Dinamarca y repartirse el control de esos territorios. De esta forma, una vez derrotaron a los daneses, austriacos y prusianos se reunieron en Ganstein, donde se acordó que Schleswig pasara a formar parte Prusia y Holstein de Austria. Sin embargo, el entendimiento alcanzado en los acuerdos de 1865 se rompió un año después como consecuencia de la creciente tensión entre ambas potencias. Al fin y al cabo, no estaba solo en juego el control de unos ducados, sino también la primacía dentro de Alemania. La guerra austro-prusiana de 1866, a la que ya hemos hecho referencia al hablar de la unificación italiana, terminó con la derrota del Imperio Austríaco en la decisiva batalla de Sadowa. De esta forma, en el tratado de paz firmado en Praga, Austria reconocía la incorporación de Holstein a Prusia, al tiempo que esta salía reforzada frente a los demás miembros de la Confederación Germánica. De hecho, viendo que el proceso de unificación pasaba por Berlín y no por Viena, en 1867 veintidós estados de la zona septentrional se adherían a la Confederación Alemana del Norte promovida por Bismarck.

Ahora bien, la política expansionista prusiana comenzaba a resultar incómoda –e incluso peligrosa– para Napoleón III. El emperador consideraba que Guillermo I y Bismarck habían comenzado un proceso para convertirse en la potencia hegemónica de Europa, algo que él no podía permitir. Por tanto, después de una serie de crisis diplomáticas, se inició el conflicto entre ambas potencias en julio de 1870. La guerra franco-prusiana terminó en enero del año siguiente, después de las importantes derrotas de Napoleón III en Sedán y Metz. De hecho, el emperador francés abandonó el poder, al tiempo que el fervor nacionalista alemán llevó a la proclamación del II Reich. De esta manera, tras la incorporación de los estados alemanes del sur, así como de la Alsacia y Lorena francesa, Guillermo I era proclamado emperador.

3. Conclusión.

Con esto damos por terminado el relato de las unificaciones de Italia y Alemania, que hemos de relacionar con la ideología nacionalista explicada en el vídeo anterior. A partir de ahora cambiamos de temática para adentrarnos en la historia económica de la mano de la revolución industrial. Pero bueno, eso ya lo veremos en el próximo vídeo ¡Un saludo a todos!